Oscuridad inmortal

CATE TIERNAN

La segunda parte de Amor inmortal

Oscuridad inmortal

CATE TIERNAN

Traducción de Angélica López González

sm

www.literaturasm.com

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Diseño de cubierta original: Jordi Salvany
Adaptación de cubierta: Lara Peces
Publicado originalmente por Little, Brown and Company

Título original: *Darkness Falls*
Publicado por acuerdo con Rights People, Londres

© del texto: Gabrielle Charbonnet, 2011
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2011
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-5124-2
Depósito legal: M-32791-2011
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para mis lectoras anticipadas,
Nina y Piera:
gracias por vuestra ayuda.

capítulo uno

–Te quiero a ti.

La voz de Reyn, suave e insistente, parecía llegarme a la vez desde varios ángulos distintos. Y no era de extrañar, porque se me había echado literalmente encima mientras yo llenaba un bote de cristal enorme con arroz basmati del saco de doce kilos que había en nuestra despensa.

Ojo al dato: he dicho «nuestra». Estoy metida hasta las orejas en todo eso del «nosotrismo», como si yo realmente formara parte de River's Edge, un centro de rehabilitación para inmortales descarriados (algo parecido al programa «Ayúdese usted mismo en doce pasos», que en mi caso son más bien unos ciento diez mil). Llevaba solo dos meses allí y no tenía ni idea de cuánto me llevaría borrar cuatrocientos cincuenta años de mal comportamiento. Por lo menos unas cuantas semanas más, eso seguro. O, lo más probable, unos siete u ocho años. Puede que más. Uf.

Me arrimé a la mesa de la cocina y crucé mentalmente los dedos para que no se me desparramara el arroz por todas partes,

porque bien sabía Dios que sería un fastidio tener que recogerlo después.

—Y tú también me quieres a mí.

Casi podía oír el crujido de sus nudillos mientras abría y cerraba los puños.

—No, no es cierto. Márchate.

Bienvenidos al circo de las hazañas románticas de Nastasya, no apto para gente delicada del corazón. Ni para los delicados de estómago, ya que nos ponemos.

Nastasya: *c'est moi*. Una de las amables vecinas inmortales del barrio. Vale, para ser sincera, tachemos lo de amable. Hacía un par de meses, me había dado cuenta de que, de tanto pasarlo bien, estaba hundida hasta las cejas en un estado de indiferencia enfermiza y había buscado la ayuda de River, una inmortal a la que había conocido allá en 1929. Y aquí estaba ahora, en la Massachusetts rural, aprendiendo cómo fundirme con la naturaleza, la magia, la paz, el amor, la armonía, etcétera. O, por lo menos, tratando de resistir la tentación de tirarme de cabeza a una trituradora de madera.

Había otros inmortales por allí: cuatro profesores y, en aquel momento, ocho alumnos como yo o como Reyn, el supermachote vikingo. Por poner un ejemplo.

Reyn: la espina que llevaba clavada, la pesadilla de mi pasado, el destructor de mi familia, la irritación constante de mi presente y, oh, sí, el más macizo, alucinante, el tío bueno más bueno que había visto en cuatrocientos cincuenta años, aquel cuya imagen pululaba obsesivamente por mi cerebro mientras me estremecía en mi camita estrecha y fría. Aquel cuyos besos enfebre-

cidos había revivido una y otra vez mientras permanecía tendida y exhausta, incapaz de dormir.

¿Qué besos enfebrecidos, dices? Bueno, hacía como diez días se nos habían cruzado los cables de repente y nos habíamos dejado llevar por la química inexplicable y arrolladora que se había venido fraguando entre nosotros desde mi llegada. Y acto seguido, me había dado cuenta con horror de que su familia había asesinado a toda la mía, y de que mi familia había matado también a gran parte de la suya. Esa era la herencia que compartíamos. Y ardíamos de deseo el uno por el otro. Divertido, ¿eh? Cuando oigo que las parejas lo pasan mal porque tienen religiones diferentes o porque uno es vegetariano y otro no, o alguna chorrada semejante, siempre pienso que necesitan mirar las cosas con un poco de perspectiva.

Sea como sea, desde nuestra sesión de rollo apasionado / revelaciones terribles, Reyn había seguido persiguiéndome sin piedad y sin descanso, como correspondía a un buen Saqueador de Invierno. Y aun así, después de aquella noche, él —que había pateado, derribado y prendido fuego a cientos de puertas— no había sido capaz de acercarse a llamar a la mía.

No es que yo quisiera que lo hiciera, o que tuviera claro qué hacer si se daba el caso.

Qué, ¿ya empiezas a marearte con esta zambullida en mi mundo? Si te sirve de consuelo, yo me sentía igual cada mañana al abrir los ojos para descubrir que aún era yo y seguía estando allí.

Fuera, los últimos rayos del sol invernal, flojos y grisáceos como el agua de aclarar los platos, se habían disuelto para dar paso a una oscuridad tan profunda como hoy solo es posible encontrar en las más remotas zonas rurales. Justo donde yo me encontraba.

—¿Por qué huyes?

En general, Reyn mantenía sus emociones bajo un estricto control. Pero yo había visto cómo podía llegar a ponerse: durante los primeros siglos de mi vida, Reyn y su clan habían sembrado el pánico en mi Islandia natal, así como en Rusia y el norte de Escandinavia, lo que le había valido el título de Carnicero de Invierno. Entonces yo no tenía ni idea de que él era él, por supuesto; solo sabía que los asaltantes eran unos salvajes responsables de saqueos, pillajes, violaciones y asesinatos en docenas de aldeas.

¡Y ahora, el Gilipollas de Invierno dormía a dos cuartos del mío! ¡Hacía las tareas, ponía la mesa para la cena y un montón de quehaceres domésticos más! Era absolutamente espeluznante. Y, por supuesto, tan atractivo como para derretirme. Pero yo aún era incapaz de creer que su actual estado «civilizado» no pudiera hacerse pedazos como papel húmedo, revelando al saqueador que seguía aletargado dentro de él.

Rellené el bote de arroz, encajé la tapa y enderecé con cuidado el saco sobre la mesa de la cocina. Un puñado de contestaciones sarcásticas me cosquilleaban en los labios, y solo dos meses atrás se las habría escupido igual que el coche de James Bond escupe clavos. Pero estaba intentando madurar. Cambiar. A pesar de que era tan tópico como para dar arcadas y de lo difícil y doloroso que me estaba resultando, el hecho era que seguía allí. Y mientras estuviera allí, tendría que continuar intentándolo.

Solo de pensarlo se me revolvían las tripas.

—Prefiero huir de las cosas —dije con sinceridad mientras intentaba pensar algo más fuerte.

—No puedes huir de esto. No puedes huir de mí.

Estaba tan cerca que podía sentir el calor que irradiaba su cuerpo a través de la camisa de franela. Sabía que bajo esa camisa se encontraba su pecho firme, suave y bronceado, un pecho que yo había tocado y besado. Sentí un deseo casi irresistible de apretar mi cara contra él, de dejar que mis dedos dibujaran la cicatriz eterna de la quemadura que yo conocía tan bien. La quemadura que hacía juego con aquella que marcaba mi nuca y que yo había mantenido escondida durante más de cuatro siglos.

—Podría, si me dejaras en paz —puntualicé irritada.

Se quedó callado un momento y sentí que sus ojos dorados escrutaban mi cara.

—No pienso dejarte en paz.

¿Promesa? ¿Amenaza? Táchese lo que no proceda.

El sonido de unas voces que se acercaban desde el comedor me salvó de tener que elaborar una defensa más sólida.

Aquel lugar, River's Edge, había sido en su día una casa de reuniones de los cuáqueros. En la planta baja había un par de despachos, un estudio, una sala de estar, un comedor enorme y sobrio y aquella cocina, que se había modernizado por última vez hacia 1930. Antes de aquello, mi vida más reciente había transcurrido en un carísimo piso de una de las zonas más caras de Londres, con unas vistas alucinantes del Big Ben y el Támesis. Tenía portero, servicio de limpieza y un restaurante justo debajo. Pero aquí, mi vida era... mejor.

Como ya he dicho, en River's Edge todos éramos inmortales, y la verdad es que formábamos un grupo curioso. Bueno, en realidad no, si recordamos que todos habíamos recalado allí

porque nuestras vidas estaban gravemente trastornadas de uno u otro modo.

River's Edge pertenecía, cómo no, a River, que era la persona más vieja que yo había conocido nunca. Había nacido en el año 718 en Génova, allá en los tiempos en que la ciudad tenía su propio rey. Incluso entre inmortales, llegar a su edad era una pasada. River se dedicaba a rehabilitar inmortales que luchaban (luchábamos) a brazo partido contra sus inclinaciones más oscuras, y era la única persona en el mundo en la que yo confiaba aunque fuera un poco.

En cuanto a mí, tenía cuatrocientos cincuenta y nueve años, a pesar de que mi aspecto (y parece ser que también mi madurez) eran los de una chica de diecisiete. Reyn había cumplido cuatrocientos setenta, pero parecía un veinteañero de muy buen ver.

La puerta de vaivén se abrió y Anne, Brynne y River entraron charlando y riendo, con las mejillas rosadas por el frío del exterior. Llevaban bolsas de provisiones que colocaron en las encimeras. En realidad, nosotros producíamos la mayor parte de nuestra comida, pero aun así River compraba algunas cosas de vez en cuando en Pitson's, la tienda de comestibles del pueblo.

—Y yo le dije, ¿eso es un bigote? —decía Anne mientras las otras se morían de risa—. Si hubiera podido matarme, lo habría hecho.

River se apoyó en la puerta de la cocina y se secó las lágrimas.

Reyn murmuró algo y salió por la puerta de la cocina para adentrarse en la noche helada en mangas de camisa. No es que a mí me importara. Para nada.

—¡Oh, por la diosa, no me había reído tanto desde...! —River se quedó callada como si intentara hacer memoria.

Completé la frase mentalmente: «Desde antes de que a Nell (otra alumna de aquí que intentó matarme, por cierto) le diera un brote psicótico y hubiera que doparla con tranquilizantes mágicos y ponerla fuera de circulación». Un suponer.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Brynne señalando la puerta—. ¿Hemos interrumpido algo?

Sus ojos castaños se abrieron con un súbito interés, como si estuviera haciendo cábalas. La noche en que le dio el ataque, Nell había chillado que nos había visto a Reyn y a mí besándonos. Yo tenía la esperanza de que la gente lo tomara por el delirio de una chalada histérica, pero había visto demasiadas miraditas significativas desde entonces como para engañarme a mí misma.

—No —dije con el ceño fruncido.

Devolví el saco de arroz a la despensa y puse el bote en su sitio.

—Bueno —dijo Anne para zanjar el tema de Reyn—, ¡la gran noticia es que mi hermana viene de visita!

—¿Tienes una hermana? —pregunté.

Por alguna razón, aún me sorprendía encontrar inmortales que tenían hermanos. Sí, claro, muchos los tenían, pero en general siempre me había dado la impresión de que la mayoría de los inmortales éramos criaturas solitarias. Después de setenta u ochenta años, cualquiera se hartaría de su familia, por maja que fuera. Trescientos años era mucho tiempo para seguir celebrando los cumpleaños de todos, ¿me explico?

—Siete. Y dos hermanos —dijo Anne—. Pero Amy es la más cercana a mí en edad. Llevo casi tres años sin verla.

Dos hermanas inmortales que estaban unidas... No me había topado con demasiadas. Estaba empezando a sentir que había pasado los últimos siglos viviendo en una especie de túnel, una existencia variada pero estrecha de miras en la que había elegido no ver, no saber demasiadas cosas.

Por fin, Anne y Brynne salieron para poner la mesa. River sacó la compra de las bolsas y me pasó varias cosas para que las metiera en la nevera.

—¿Todo bien? —preguntó.

—¿En esa frase, «bien» significa hecha un lío, confusa, muerta de sueño y preocupada? —pregunté—. En ese caso... sí, estoy en plena forma.

River sonrió. Había tenido mil años para desarrollar la paciencia necesaria y lidiar con gente como yo.

—¿Soy la peor persona que ha pasado por aquí?

No sé qué me hizo formular esa pregunta. Era solo que... cuatrocientos cincuenta años dan para tomar muchas decisiones equivocadas. Un montón.

River pareció sorprenderse

—¿La peor en qué sentido? —sacudió la cabeza—. Olvídalo. Definas como definas «peor», estás muy lejos de serlo.

Me moría por preguntar quién había sido el peor y por qué, pero sabía que jamás me lo diría. Entonces se me ocurrió que Reyn, por ejemplo, era peor que yo, probablemente peor que la mayoría de inmortales que se habían dejado caer por allí pidiendo que los recompusieran. Reyn había masacrado pueblos enteros, esclavizado a un sinfín de personas, saqueado, violado

y arramplado con todo lo que se le ponía por delante. Y yo sería un desastre en muchos aspectos, pero nadie podía acusarme de nada parecido.

Y aun así, era a Reyn a quien yo quería, a quien deseaba por encima de todos los demás. El karma me había metido de una patada en un universo infinito de ironías.

—Así que Anne tiene una hermana, ¿eh? —dije, cambiando de tema sin demasiada maña.

—Sí. Es encantadora, te caerá bien.

—Yo no tengo hermanos y sé por qué —dije, sorteando rápidamente ese recuerdo—, pero me da la impresión de que tampoco he conocido a muchos otros inmortales que los tengan.

No me detuve a sopesar si me caería bien o no la hermana de Anne; en realidad, la mayoría de la gente no me gustaba. Podía tolerarlos, pero de ahí a que me cayeran bien iba un mundo.

—En general, no es raro que los inmortales de menos de cuatro siglos tengan hermanos —dijo River mientras se lavaba las manos en el fregadero—. Los mayores, en cambio, casi nunca los tienen.

—¿Por qué? Tú aún tienes hermanos, ¿no?

—Sí, cuatro.

Se volvió hacia mí con una expresión pensativa en su cara apenas marcada por las arrugas. Apartó un mechón de pelo plateado de su frente y se encogió de hombros.

—No es habitual en alguien de mi edad —añadió.

—¿Por qué? —insistí, intrigada. ¿Sería por alguna mutación genética?

—Antiguamente —respondió con lentitud—, los inmortales tenían la costumbre de matarse entre ellos para absorber el poder de sus víctimas.

Casi se me salieron los ojos de las órbitas.

—¿Qué?

—Ya sabes que nosotros hacemos magia *tähti*, magia que no destruye otras cosas, ¿no? —asentí—. Y conoces cómo hacer magia *terävä*, que en vez de canalizar tu propio poder, lo coge de otro ente destruyendo a la víctima en el proceso.

Asentí: era todo aquel rollo del bien contra el mal. Sí, estaba empezando a manejarme en esos temas.

—Puedes extraer poder de plantas, animales, cristales... y gente —River apretó los labios—. Hacerte con el poder de otra persona y usarlo en beneficio propio. Pero eso mata al otro, claro, o le hace cosas aún peores.

Se me debería haber ocurrido a mí sola. Me sentí estúpida, avergonzada e ingenua por no haber sido capaz de llegar a esa sencilla conclusión. Pero así era.

River vio la sorpresa pintada en mi cara.

—Ya sabes que se nos puede matar —dijo suavemente.

Me recorrió una descarga de dolor; era un dolor tan familiar, llevaba tanto tiempo formando parte de mi vida, que casi me parecía normal sentirlo raspando en mi interior cada vez que respiraba. Sí, lo sabía. Habían matado a mis padres delante de mí. Había visto cómo les cortaban la cabeza a mis dos hermanos y a mis dos hermanas. Había cruzado la alfombra empapada en su sangre. Así que no tenía hermanos. Intenté tragar saliva y sentí un nudo en la garganta.

—Si un inmortal mata a otro, puede absorber la fuerza vital de esa persona y añadirla a su propio poder —continuó River—. Y luego está el hecho de que su víctima será una persona menos que tratará de matarlo a él.

Apenas podía respirar, y la rápida zambullida en mis recuerdos familiares hacía que sus palabras me llegaran borrosas.

—Entiendo —dije con un hilo de voz—. Así que, básicamente, eso era lo que el padre de Reyn intentaba cuando mató a mi familia mientras Reyn lo observaba.

River me miró con expresión solemne y acarició mi mejilla.

—Sí.